

á Piron 1. Madre feliz de san Bernardino y de santa Catalina de Sena, dió la vida á Bernardino Ochín, capuchino exclaustro, reformador al modo de Lutero; y á Sócino, padre de la repugnante secta que lleva su nombre.

El tiempo nos permitió visitar, además de la catedral, la bella iglesia de *Fonte-Giusta*. Allí se encuentra la famosa sibila de Peruzzi, anunciando á Augusto el advenimiento de Nuestro Señor. Rafael mismo no ha excedido á aquella obra maestra. A su lado se vé un *ex-voto* verdaderamente ilustre; es el gran hueso de ballena, el pequeño escudo de madera rodeado de fierro, y la espada consagrada por Cristóbal Colon á su vuelta del Nuevo Mundo, en testimonio de la veneración que desde su juventud había tenido á la *madona de Fonte-Giusta*, cuando estudiaba en la universidad de Sena, y del milagroso socorro que de ella obtuvo en un naufragio. Ciudad piadosa y caritativa, Sena ofrece también á la atención del viajero su hermoso establecimiento de mendicidad. Fundada y mantenida por el generoso concurso de los habitantes, esta preciosa casa, que Francia debe envidiar á Italia, recoge á los indijentes válidos de uno y otro sexo; los ocupa durante el día solamente, de las ocho de la mañana á las ocho de la noche, y les da en recompensa el alimento, el vestido, y una corta retribución.

Dejamos á Sena, admirando la bella pronunciación de sus habitantes. Por la primera vez habíamos oído *la lengua toscana en boca romana*.

Como á las nueve de la mañana, á tiempo de bajar rápidamente al fondo de un valle, un agradable espectáculo vino á fijar nuestra atención. A un lado del camino se

1 Poeta francés nacido en Dijon en 1689 y muerto en París en 1773, cuya obra maestra es la *Metromanía*, comedia en cinco actos. El mismo de sus escritos le cerró las puertas de la Academia. (N. del T.)

levantaba una pequeña capilla solitaria. Desde su puerta como hasta el medio del camino, estaban piadosamente arrodillados ancianos, jóvenes, mujeres y niños; un sacerdote decía la misa en el templo campestre. Semejantes á los israelitas, habitantes del desierto que precedían á la aurora para recoger el maná, celeste viático de su jornada, aquellos buenos aldeanos, hijos de aquel que alimenta á los pajarillos de la selva y á la humilde yerba de los valles, venían á llamar la bendición sobre su trabajo, y á pedir el doble alimento necesario, del alma y del cuerpo, para seguir su viaje hácia la aterna patria. De todo corazón unimos nuestras oraciones á las de aquellos hermanos á quienes no habíamos visto nunca, y que un instante después ya habíamos dejado de ver, porque el carruaje, imájen fiel del tiempo, nos llevaba entonces con la rapidez del relámpago.

Ved al humilde canónigo que escribe estas líneas, viajando como las testas coronadas, con seis caballos tirando del carruaje, dirigidos por tres postillones con vestidos de colores. En la llanura éramos dignos de ver; no sucedía lo mismo en las montañas. Dos bueyes de refresco, de color gris, con cuernos desmesuradamente largos, venían á prestarnos su útil servicio. Estos pacíficos cuadrúpedos, que conducía un campesino como si fueran osos, con una cadena que les pasaba por las narices, daban á nuestro equipo la fisonomía real de que habla Boileau en aquello de:

Quatre bœufs attelés, d'un pas tranquille et lent,  
Promenaient dans Paris le monarque indolent.

Cuatro bueyes enganchados, con paso tranquilo y lento,  
Paseaban por París al monarca indolente.

De todos modos, si nuestro tren hubiese atravesado alguna de nuestras ciudades de Francia, todo el mundo se hubiera apiñado en las ventanas para verlo pasar; y sin duda ninguna, se nos habría tomado

por príncipes ó por charlatanes. Sin embargo, gracias á Dios, no éramos ni uno ni otro. ¿Cuándo, pues, aprenderemos á no juzgar por las apariencias?

Obligados á subir y á bajar continuamente, al fin llegamos en la tarde á Radicofani. Esta aldea, mal edificada, en medio de las rocas, sobre una cima de los Apeninos, dominando en 2,515 piés al nivel del mar, ocupa el cráter de un antiguo volcan. Las laderas y el vértice de la triste montaña están cubiertas de capas de lava sobrepuestas en el mayor desorden. Nada hay tan desolado como aquella tierra, en donde el rocío del cielo y los sudores del hombre, no han podido hacer crecer ni la menor planta. Durante diez horas de camino, habíamos tenido el mismo espectáculo, lo cual nos obligó á terminar nuestra jornada por el refrán que todo lo justificaba entonces:

Tout ne m'a pas séduit dans la belle Italia.

No todo me ha seducido en la bella Italia.

No obstante, habíamos hecho mal en quejarnos. ¿Pues qué el venerable Pio VII, violentamente arrancado de su palacio, despojado de todo, sin dinero y sin ropa, encerrado con llave en un coche, conducido como si fuese un malhechor por los jendarmes del imperio, no había recorrido ese mismo camino durante los abrasadores calores de Julio? ¿No habíamos visto el funesto lugar en que habíase volcado el coche? ¿No íbamos á bajar al mismo albergue, al mismo cuarto en que el augusto prisionero había descansado sus miembros devorados por la fiebre 1? Después de un descanso de algunas horas, volvimos á emprender nuestro camino á través de las montañas.

1 Vida de Pio VII por Artaud, t. 1, pág. 230.

## 2 DE DICIEMBRE.

Belarmino.—Pontecentino.—Acqua pendente.—Bosenal.—Milagro.—Montefiascone.—Anécdota.—Recuerdo del cardenal Maury.—Via Casiana.—Lago Naviso.—Viterbo.—El B. Crispino.—Santa Rosa.—Monterosi.—Aparición de la cruz de san Pedro.—Campo romano.—Puente Molle.—Entrada á Roma.

De las tristes poblaciones recorridas la víspera, había salido sin embargo un hombre, cuya gloriosa y santa memoria regocija al mundo católico. A dos leguas del camino, hácia la izquierda, aparece Monte Pulciano, patria del inmortal Belarmino, gloria del sacro colegio, honra de la compañía de Jesús, azote de los herejes, y campeón de la Iglesia en el siglo XVI.

Más allá de Radicofani sigue el camino haciéndose muy difícil. Trazado sobre la cima, ó á un lado de las montañas, atraviesa una profunda barranca desierta, animada por el ruido de los torrentes, rodeada de bosques y de rocas que forman el imponente límite de la Toscana y de los Estados pontificios. En la orilla opuesta se encuentra Pontecentino, la *Sentina* de los romanos. La Aduana examinó severamente nuestros libros y papeles. Una suma de santo Tomas *contra jentes*, que yo tenía en mi maleta, ocupó largo tiempo al jefe del puesto. No me quejé de ello. Nada me parece más social que esas precauciones en apariencia minuciosas, para no dejar pasar ninguna obra mala. No es porque Roma tema las luces, nó, sino porque teme la peste; y ¿qué peste más peligrosa que un mal libro? Ahora bien, ¿cupo alguna vez en el pensamiento de un hombre racional, vituperar á un gobierno, amenazado de una enfermedad contagiosa, porque estableciese en sus fronteras cordones sanitarios? Después de haber pasa-

do el hermoso puente de la Paja, se llega á la pequeña ciudad de Acquapendente, notable solo por la posición que ocupa sobre una altura escarpada. Cuatro leguas más distante costeamos con la claridad de la luna el delicioso lago de Bolsena, cuyas anguilas tuvieron el honor de ser cantadas por el Dante, y los primeros albores del alba iluminaron nuestra entrada en Bolsena.

Esta población de mil almas, es la antigua *Vulsinii*, una de las doce lucomonias ó capitales de los etruscos. Salud á *Vulsinii*, salud á sus ruinas, salud á sus dos mil estatuas, nobles obras maestras de un arte que ya no existe y que fueron presa de los romanos; salud á su pueblo, tan célebre por sus valerosas luchas contra los hijos de Rómulo; pero salud sobre todo al Dios de bondad que ha inmortalizado esa ciudad, revelando por un brillante prodigio su presencia real en la augusta Eucaristía. El viajero cuida de no olvidar este memorable acontecimiento perpetuado en todas edades, por todas las partes del mundo, con una solemne fiesta.

A mediados del siglo XIII, el papa Urbano IV se hallaba con todo el sacro colegio en Orvieto, cerca de Bolsena. En esta última ciudad, un sacerdote, al celebrar el santo sacrificio en la iglesia todavía existente de santa Catalina, dejó caer por descuido algunas gotas de la preciosa sangre sobre el corporal. Para hacer desaparecer las señales de este accidente, pliega y repliega el lienzo sagrado, de modo que pudiera restaurar la sangre adorable. Extiende de nuevo el corporal, y se encuentra con que la sangre ha penetrado por todos los pliegues y ha impreso por todas partes la figura de la santa hostia, perfectamente dibujada, con colores de sangre. Por orden del soberano pontífice, el lienzo milagroso se trasladó solemnemente á Orvieto, y se le guarda hoy con un profundo

respeto en la catedral 1. El relicario que lo encierra es una obra maestra de platería, adornado con pinturos de esmalte; y la catedral misma, edificada en memoria del prodigio, es uno de los más espléndidos y antiguos monumentos del arte en Italia: data de 1290. Este milagro fué uno de los motivos que, en 1262, determinaron al mismo pontífice á instituir la solemnidad del Corpus. Bolsena enseña todavía en su humilde iglesia el lugar en que corrió la sangre, y que está cubierto con una rejilla. Después de atravesar un país plano y mal cultivado, se llega muy pronto á ver á Montefiascone, el *Mons Faliscorum*. Esta pequeña ciudad, agradablemente situada sobre una colina, cuya pendiente es suave y fértil, domina una inmensa llanura, afamada por su vino. A propósito de esto, no hay un habitante del país ó un viñero que no os refiera la siguiente anécdota conocida por todos los viajeros. Un rico alemán venía de Roma, y volvía á su país. Gran aficionado al buen vino, había dado orden á su criado de gustar el de todos los hoteles que se encontrasen en el camino. El amo aguardaba en su coche el resultado de la experiencia, y la calidad del vino le decidía á bajar ó á seguir su camino. Si el vino era bueno, el criado tenía orden de informar á su señor con la palabra *es*. ¿Era de una calidad superior? él debía decir: *es, es*. En fin, ¿era excelente? debía decir: *es, es, es*. Pues bien, el *moscatel* de Montefiascone es encontró digno de los tres *es*. El gastrónomo alemán hizo con él tan copiosas libaciones, que murió de ellas. Para inmortalizar este hecho, tan honroso para el vino de Montefiascone como humillante para el viajero *tudesco*, se ha grabado sobre su tumba, que podeis ver en la iglesia de san Flavio, la siguiente inscripción:

1 San Antonio, tercera parte, tít. 19, c. 13. par. 1.

EST, EST, EST,  
ET PROPTER NIMIUM EST  
JOHANNES DE FUGER  
DOMINUS MEUS  
MORTUUS EST.

ES, ES, ES,  
Y POR SERLO EN TAN ALTO GRADO  
MURIÓ JUAN DE FUGER  
MI AMO.

Montefiascone encierra otro recuerdo de un orden muy diferente. Defensor del clero, y antagonista de Mirabeau en la Asamblea constituyente, el célebre abate Maury fué obispo de esta ciudad, y para su gloria debería haberlo sido siempre. ¡Cuán débiles somos los mortales; el vino hizo perder la vida al uno; la ambición hizo enloquecer al otro!

A alguna distancia de Montefiascone, á la derecha del camino, se ve un estrecho de la vía Casiana con los restos algunos tan conservados de los Baños del Cónsul Mummius Niger Valerius Vigillus. No lejos de esas ruinas está el lago Naviso, que se pretende que es el antiguo *Vadicum* de los etruscos. En aquellas desoladas orillas expiró en una célebre batalla contra los romanos, la antigua nación de los etruscos, reducida desde aquella época á la triste condición de municipio.

En dos horas de marcha se llega á Viterbo, la ciudad de las bellas fuentes, situada al pié del monte Cimino, el antiguo *Cimynus*. Rodeada de altas murallas y flanqueada por torres, ofrece un agradable golpe de vista, y cuenta 20,000 habitantes. Entre sus glorias conviene colocar en primera línea al bienaventurado Crispino, pobre padre capuchino, que durante cuarenta años ejerció, con una humildad y una santidad heroicas, la penosa función de hermano limosnero del convento. Hablaré más tarde de este ilustre hijo de Viterbo, cuyo cuerpo divinamente preserva-

do de toda corrupción, es hoy uno de los milagros de Roma. Vimos con tierno interés la bella iglesia y convento de los Dominicos *di Gradi*. Allí estaban, en calidad de novicios, muchos de nuestros compatriotas jóvenes, de alta esperanza, lo selecto de esa nueva generación que en el seno de nuestra patria hace esfuerzos por romper los capullos de incredulidad y de sensualismo en que estuvo envuelta su infancia. ¿Cómo no aplaudir su noble empeño y formar los más ardientes y sinceros votos por el buen éxito de su apostólica empresa?

El convento de santa Rosa ofrece á la veneración del cristiano, el cuerpo intacto de esa heroína del siglo XIII, muerta á los diez y ocho años, no ménos querida en su país por su abnegación sublime que por sus angélicas virtudes. Entre los esplendores artísticos de la iglesia de la *Quercia* aparece la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, sobre el antiguo roble en que se encontró suspendida. Allí, como en todas partes, numerosos *ex-voto* dan testimonio de la poderosa bondad de la Madre de las Gracias y del reconocimiento de las generaciones cristianas.

A pocas leguas de Viterbo está la aldea de Canino. Se ha hecho célebre por la retirada de Luciano Bonaparte, y por las felices excavaciones que han conducido al descubrimiento de una multitud de vasos, jarrones y estatuas etruscas: cuya aparición es una revolución arqueológica.

¿Cuál es aquella graciosa y pequeña ciudad rodeada de álamos nuevos, que se asemeja á un oasis en medio del desierto? Es Monterosi. Hé aquí la vía de Perusa que se une con la de Roma, y aquella es la vía Casiana, que anuncia la cercanía á la capital del antiguo mundo. A vista de aquellas anchas lozas, cortadas por manos romanas, los recuerdos vienen en tropel; el alma comienza á conmoverse. Se oye el

paso rápido de las lecciones romanas yendo á las extremidades del mundo á plantar el estandarte de los Césares, ó volviendo cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Después se ve que acuden los Godos, los Hunos, los Vándalos, todos aquellos enjambres de bárbaros que conocieron también el camino de Roma: temibles peregrinos que vinieron á buscar en conjunto las riquezas que los romanos habiau tomado poco á poco. Ahora, al enlozar aquella hermosa vía, Casio no creía que allanaba el camino á los vencedores de su patria; y ménos sospechaba que facilitaba á los conquistadores evangélicos el medio de volar á sus nobles conquistas. Y nosotros, romanos del siglo XIX, dados enteramente á la locomotiva, ¿conocemos el misterioso porvenir de nuestros caminos de fierro y de nuestros buques de vapor? La mano que los crió no tiene otro fin que hacerlos servir á intereses puramente materiales; pero en las miras superiores de la Providencia ¿no serán los medios de acelerar y realizar en una escala inmensa la doble unidad del bien y del mal, anunciada para los últimos tiempos? Hoy, como ántes, el hombre se ajita y Dios le conduce.

En estas meditaciones estaba, cuando llegamos á las alturas de Baccano. Repentinamente un grito de alegría, el grito del marino que descubre la tierra, el grito del desterrado que saluda el suelo de su patria, el grito del peregrino que percibe á Jerusalem, salió espontáneamente de la caravana: ¡san Pedro! ¡la cúpula de san Pedro! Y todo el mundo se detiene, se prosterna y saluda con transporte la cruz triunfante que domina el más hermoso monumento levantado por el genio de los pueblos occidentales. Este espectáculo que resume á mi vista toda la historia del mundo, me produjo una especie de estremecimiento que me fué muy grato sentir, pero

que ahora me es imposible explicar. Quise saber la fecha precisa de esta solemne aparición. Al subir al coche habíamos anunciado á nuestros amigos de Francia que dentro de un mes estaríamos en Roma. Miré mi reloj; señalaba las tres ménos veinte minutos, era el día 2 de Diciembre. Un mes habia corrido, día por día, minuto por minuto, desde nuestra salida de Nevers.

Por poco cristiano que uno sea, comprende que pone el pié sobre una tierra santa, y el alma quiere orar. Abrí mi breviario, y por una feliz coincidencia me tocaba rezar las primeras vísperas de san Francisco Javier, cuya fiesta era al día siguiente. ¡Con qué gusto me asocié á aquel ilustre peregrino que también habia venido de Francia á Roma, y que probablemente habia seguido la vía Casiana, y acaso saludado desde el mismo punto que nosotros á la ciudad eterna!

En Baccano comienza el campo romano; el ruido del mundo ha cesado: nada de habitaciones ni campos cultivados; estais en las fronteras del desierto. Delante de vosotros se extiende una llanura sin límites, en donde andan errantes acá y acullá algunos pastores que siguen lentamente, apoyados en sus largos callados, á los rebaños de cabras y de ovejas; una tierra removida, accidentada, excavada, sobre la cual aparecen, de trecho en trecho, como los huesos emblanquecidos sobre un viejo campo de batalla, pedazos de mármol blanco, despojos de columnas, frisos rotos, tumbas arruinadas, por todas partes la imájen de la muerte. En efecto, aquella desolada llanura, que en otro tiempo fué el trono de la antigua Roma, es hoy su tumba. Y esa tumba, tantas veces secular, no ha permitido la Providencia que desapareciese bajo la mano del cultivo y de la industria. Es necesario que permanezca á la vista de las jeneraciones como un doble monu-

mento del terrible poder de aquella Roma pagana, prevista por Daniel bajo la figura de una bestia gigantesca, terror del mundo, que hacia rodar bajo sus piés de bronce todo aquello que sus dientes de fierro no habian pulverizado <sup>1</sup>, y del poder aun más grande de Dios que la habia reducido á aquel estado. El inmortal testimonio de la victoria completa aquel cuadro tan lleno de melancolía y de majestad: sobre aquella vasta tumba, en el centro de aquel inmenso panorama de ruinas, Roma cristiana aparece tranquilamente sentada, radiante de juventud y de belleza. Estos y otros muchos pensamientos que parecen nacer del suelo, preceden y preparan la entrada del viajero católico á la ciudad eterna.

Entre las ruinas que rodean el camino solitario, se distingue el sarcófago de Publius Vibius Marianus y de su mujer Rejina Máxima. Solo un error puede hacer que se le tome por el mausoleo de Neron: el primer perseguidor del nombre cristiano, no tiene ni una tumba. A las cinco, descubrimos el Tíber iluminado por los últimos rayos del día; es siempre el río de amarillentas olas, el *flabus Tiberis* de Virjilio. Se nos mostraba delante el *Puente Molle*, coronado de su vieja torre perforada á manera de arco de triunfo. ¡Qué de recuerdos suscita el antiguo monumento, uno de los más históricos del mundo! Vió al pueblo romano que acudia delante de los correos que le llevaban la noticia de la derrota de Asdrubal; á Ciceron, haciendo arrestar á los enviados de los saboyanos cómplices de Catilina; á Constantino, librando la sangrienta batalla que lo hizo señor absoluto del imperio, y al paganismo occidental, pereciendo en el Tíber con Maxencio, como el paganismo oriental espiró poco más tarde con Juliano el Apóstata en las llanuras de Persia.

Dejando á la derecha el Monte-Mario,

<sup>1</sup> Daniel, c. 7. 19.

y á la izquierda el Monte-Pincio, se pasa cerca de la bella rotonda de san Andres, monumento del reconocimiento de Julio III; y muy pronto se entra á Roma por la puerta del Pópulo, ántes la puerta Flaminia. Miétras que los agentes de la aduana y de la policía cumplan sus deberes, nosotros saludábamos á la cruz que domina el obelisco de Augusto, y ántes de las siete ya estábamos instalados en el hotel de Francia, *Palacio-Conti*.

### 3 DE DICIEMBRE.

Idea de nuestro itinerario en Roma.—Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana.—Visita particular de Roma cristiana.—Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.

Nuestra primera noche en Roma nos regaló con un constipado bastante bien acondicionado, para condenarnos á un encierro de cuarenta y ocho horas; pero *no hay mal que por bien no venga*. Aprovechamos esta inoportuna detencion para fijar definitivamente nuestro itinerario en la Ciudad Eterna. Hé aquí la direccion que fué adoptada y que hemos seguido.

Roma es el punto de concurso de los dos mundos, el mundo pagano y el mundo cristiano. Allí se encuentran dos ciudades, y so pena de ver mal ó de no ver nada, es preciso estudiar la una y la otra. Pero estas dos ciudades están de tal manera confundidas y como soldadas entre sí, que es muchas veces imposible separarlas y no abrazarlas en un mismo golpe de vista. Interrogar á ese Juno de doble rostro, cuando se presente á nuestras miradas, hé ahí nuestro primer cuidado. La dificultad está en saber por dónde comenzar: felizmente, la Roma de los papas se divide como la de los césares, en catorce rejiones, que coinciden en muchas partes.

Esta division, tan útil para encontrar los sitios y los monumentos, será nuestro plano de camino, con cuyo auxilio recorreremos cada cuartel separadamente. Durante este primer viaje, tendremos siempre un pié en el paganismo y el otro en el cristianismo.

Pero en fin, se opera una redencion; á los monumentos y á las ruinas suceden las obras; aquí Roma se muestra exclusivamente cristiana. Así las instituciones romanas de caridad y de piedad, tan admirables y tan poco conocidas, nos harán coménzar una nueva investigacion, no como artistas ó arqueólogos, sino como economistas y como cristianos. Tal será nuestro segundo estudio.

Hasta aquí no salvamos el recinto de la ciudad. Sin embargo, fuera de Roma, y sobre todo en las entrañas de Roma, se encuentran otras maravillas que no deben olvidarse. Las *vilas*, las vías romanas, muchas basílicas, y por fin las inmortales catacumbas, llamarán sucesivamente nuestra piadosa y muy lejitima curiosidad. Tal fué el plan jeneral de nuestras excursiones diarias. Pero comprendí que por muy claras que fuesen las guías cuyas indicaciones y explicaciones debíamos seguir, era indispensable verificar y desarrollar sus palabras. En mi espíritu, mis jornadas debieron dividirse en dos partes: la primera, dedicada á la visita de los monumentos, la segunda á las bibliotecas. Me permitiré decir que he sido fiel á esta division. Acabadas nuestras excursiones, me iba á ordenar mis apuntes á la *Minerva*. Allí debia á la buena amistad del sabio padre de Ferrari y de sus excelentes colegas, la indicacion de todas las obras necesarias para mi trabajo. Este es un homenaje de reconocimiento que me es muy grato ofrecerles.

#### 4 DE DICIEMBRE.

Las guías de Roma.—Guías en la Roma pagana, en la Roma cristiana, en la Roma subterránea.

Un buen itinerario es, sin contradiccion, la primera condicion de buen éxito en el estudio soberanamente interesante, pero muy complicado, de la Ciudad Eterna. Además, esta condicion no basta, es preciso seguir su itinerario con inteligencia. Obligado como la víspera á estar cerca del fuego, consagré aquel nuevo día á pasar una revista á las guías capaces de ilustrar nuestras investigaciones. Ahora bien, el primer cicrone que debe acompañar á todo viajero formal, es un conocimiento profundo de la historia profana y de la historia eclesiástica; el segundo, es un trabajo asiduo. En multitud de circunstancias hay que recurrir á las fuentes primitivas, ya á fin de completar los propios conocimientos, ya á fin de rectificar nociones que la probidad literaria no permitiría dar á fé de simples recuerdos. Las fuentes de que hablo son de dos clases, segun que se estudie la Roma pagana ó la Roma cristiana. Hacerlas conocer citando las autoridades en que se apoyan, hasta en sus pormenores, las narraciones que van á leerse, no es solamente un servicio que se hace á los lectores estudiosos, sino una prueba de buena fé, y yo procuraré darla. Las noticias impertinentes de los turistas<sup>1</sup>, las novelas publicadas sobre Roma por escritores á la moda, así como la ignorancia y las preocupaciones de ciertas guías muy extendidas, hacen mi propósito de todo punto indispensable.

<sup>1</sup> Uso de la palabra turista á falta de otra más adecuada, para designar al que viaja por curiosidad y distraccion, pero sin estudio, y refiere con lijereza lo que ha visto. Imito en eso á los franceses, que han tomado del inglés la misma palabra. (N. del T.)

Entre los autores profanos hay que consultar un gran número, de que no citaré sino á los principales. En primera línea es preciso colocar á *Tito Livio*. Su *Historia*, tan preciosa para el conocimiento de las costumbres de la Roma republicana, da muchas veces la descripcion, diré topográfica, de ciertos grandes hechos cuyo teatro encuentra el viajero con gran gusto. Plutarco en sus *Questiones romanas* y en sus *Vidas* abunda en pormenores de grande interes sobre los hombres, las leyes y las cosas. Ciceron descubre en sus *Cartas á su familia*, un extremo del velo que oculta las costumbres de la vida íntima. Este velo casi lo levanta completamente Suetonio. En *Los Césares* nos pinta las costumbres del imperio y dice el origen de muchos monumentos cuyas ruinas subsisten todavía. Juvenal en sus *Sátiras*, y Marcial en sus *Epigramas*, completan la obra de sus antecesores. Viene luego *Plinio el Mayor*, que á propósito de la *Historia natural* habla de todo, en especial de la vida privada de los romanos, y de las magnificencias de la Ciudad Eterna. El amigo de Vespasiano, el director de las aguas bajo Neron, Frontino, inicia el sistema de los *acueductos*. La lectura de su tratado hace admirar con inteligencia las gigantescas obras que asombran al viajero en el Campo romano. Josefo se presenta en seguida con su *Historia de la guerra judáica*. Además de interesantes pormenores sobre las riquezas traídas de Jerusalem al templo de la Paz, da una descripcion del triunfo que no presenta más que un pequeño número de lagunas. Agregaré tambien á los escritores de la casa de Augusto, *Scriptores domus Augustæ*, publicados y comentados por Casaubon. Se les debe la repugnante revelacion de las saturnales del palacio y de la ciudad dejenerada de los Césares. En este fango hay perlas, quiero decir, cier-

os hechos importantes que solo allí se encuentran. Es necesario no olvidar, ni á Sexto-Aurelio-Victor, ni á Onufro, ni á Marliani, ni á Canina. Sus obras presentan la fotografia de Roma, tan completa como puede esperarse despues de tantas mudanzas. Los circos y los juegos han sido descritos por Bulenger en su tratado *De Circis Romanorum*; y á Demonioso debemos una disertacion de gran interes sobre el Panteon de Agrippa. Añadiré para concluir, que una buena parte de las nociones difundidas en los autores que acabo de nombrar, están reunidas en las *Antiquités romaines* de Gre-vieus, y en el *Lexicon antiquitatum romanarum* de Pitiscus.

Tales son en jeneral los autores que pueden servir de guías al viajero en la Roma pagana.

En cuanto á la Roma cristiana, no carece tampoco de historiadores de gran nombre. Entre los que tienen derecho á este noble título, hay algunos que se ocupan al mismo tiempo de las dos ciudades. Me contentaré con nombrar á Casali, en su obra *De Splendore Urbis*; al autor de la *Roma antica, média é moderna*; la *Notizia del'uno é l'altro imperio*; por fin al padre Donati. Bajo el título de *Roma Vetus*, este sabio relijioso, muerto en 1640, nos ha dejado una descripcion de Roma, mucho más exacta y mejor trabajada, que todas las que habian aparecido ántes que él. El célebre Justo Lipsio, despliega en su *Anfiteatro* todos los tesoros de su vasta erudicion, para hacernos conocer al Coliseo bajo el punto de vista pagano, y el padre Marangoni da la historia cristiana de este capitolio de los mártires. Otra obra de este último autor, intitulada: *Delle case gentilesche e profane, trasportate ad uso e ad ornamento delle chiese*, arroja una preciosa luz sobre una multitud de objetos profanos, tributando

santo homenaje á la Iglesia que los ha salvado de la destrucción.

A la cabeza de los escritores que hablan exclusivamente de Roma cristiana, de las costumbres, de los usos, de la vida íntima de los primeros fieles, marcha el iustre cardenal Baronio. La lectura de sus *Anales eclesiásticos* y de sus *Notas al martirolojio romano*, es casi indispensable para el viajero que quiere entender una multitud de cosas expuestas á su vista en las iglesias de la Ciudad Santa. Despues de él viene el muy sabio padre Mamachi con sus *Orijenes cristianos* y sus *Costumbres de los primeros cristianos*. Selvaggio le completa en sus *Antigüedades*, y el padre Mazzolari, uniendo la piedad con la erudicion, resume una parte de las nociones esparcidas en las obras citadas ántes. Este excelente hombre ha pasado cuarenta y dos años de su vida en Roma, tomando por ocupacion principal el estudio de las iglesias y de los monumentos cristianos. Su obra en seis volúmenes tiene por título: *Diario sacro*. Un sabio relijioso del Oratorio de san Felipe Neri, el padre Severanus a sancto Severano, trata de las siete Basílicas de Roma, y se debe al gran siervo de Dios, padre D. Carlos Thomassi, una corta descripción del Coliseo consagrado por la sangre de innumerables mártires. Dos obras que pueden pasar por oficiales, nos dan la historia de las instituciones de caridad corporal y espiritual de la ciudad de los pontífices. La primera tiene por autor al abate Constanzi, y por título: *Instituzioni di pietà dell'alma cita di Roma*; (instituciones piadosas de la gran ciudad de Roma); la segunda es debida á Monseñor Morichini, hoy nuncio en Munich, traducida al frances por Mr. de Bazelaire, intitulada *Institutions de bienfaisance de Rome*. (Instituciones de beneficencia en Roma).

En cuanto á las catacumbas y á los mártires,

tenemos sobre este doble objeto obras capitales que es indispensable conocer. Tales son los *Himnos* de Prudencio; el *Tratado de los Suplicios de los Santos Mártires*, de Severanus; la *Gloriosa lucha de los Mártires*, de Flores; despues la *Roma subterránea*, de Bosio, llamado Cristóbal Colon de las catacumbas. Vienen en seguida las *Osservazioni soprà i cimiteri de' santi Martiriede' primitivi cristiani di Roma*, (observaciones sobre los cementerios de las Santas Mártires y de los primitivos cristianos de Roma); monumento admirable de ciencia y de piedad levantado por el excelente Boldetti. Buonarrotti nos ha dado la descripción y explicación de las piedras sepulcrales, de los vasos y de otros objetos, hallados en el venerable necrópolis. 1 En fin, el padre Marchi, siguiendo las huellas de aquellos ilustres arqueólogos, completa hoy sus trabajos, publicando sus *Monuments chrétiens de Rome illustrés* (Monumentos cristianos ilustrados de Roma). Deseamos á todos los viajeros que tengan á este bueno y sabio jesuita por guía en las Catacumbas. Los mosaicos tan curiosos de las antiguas iglesias de Roma tienen su historiador en Ciampini. Su obra se intitula: *Monimenta vetera, in quibus præcipue musiva opera illustrantur*. (Monumentos antiguos en los cuales se explican principalmente las obras de mosaico).

A esta nomenclatura ya larga, me sería fácil añadir otros escritores, cuyas obras me han suministrado preciosos pormenores. Básteme nombrar á Martinelli, Pirro Ligorio, Foggino, Ferretti, Andrea Fulvio, Biondo Fabio, Torrigio, Sigonio, Owerbeck, Vignole, Nardini, Ferraris, Zinelli, Cancelleri y al sabio papa Benedicto XIV, en su tratado de las Fiestas de Nuestro Señor y de la Virgen Santa. En cuanto á los guías modernos, conviene citar á

1 Subterráneo, cementerio.

Nebby, Canina, Melchiorri, sobre todo á este último que habla un poco de la Roma cristiana. Por abundantes que sean, todos los recursos que acabo de indicar no bastan. ¿Quereis estudiar á Roma con buen éxito? buscad un hombre, hombre inteligente y empeñoso que consienta en servir de cicerone. ¡Reconocimiento eterno á los excelentes amigos que se prestaron con gusto á cumplir este oficio con nosotros!

## 5 DE DICIEMBRE.

### Los Pifferari.

Antes de las cinco despertamos al ruido de un concierto que se daba en la calle casi bajo nuestras ventanas: oímos á los *Pifferari*. Esto fué para mí una dulce compensación á la indisposición de la víspera, y para todos, una agradable entrada en la ciudad santa. Hé aquí, en efecto, una de las cosas mas bonitas de Roma, una de las mas sencillas y conmovedoras costumbres de los siglos de nuestra fé. Los Pifferari, son pastores de la Sabina y de los Abruzos, que cada año, á la vuelta del Adviento, bajan de sus montañas y vienen á anunciar en las calles de Romo, al sonido de una música campes tre, el próximo nacimiento del Niño de Bethleem. Los veis ordinariamente en grupos de tres músicos: un anciano, un hombre de edad madura, y un niño. Recuerdan así la antigua tradicion que solo cuenta tres pastores en el pesebre. 1 Con la cabeza descubierta y en pié ante las imágenes de la Virgen que adornan las fachadas de las casas ó que aparecen iluminadas por una lámpara en el fondo de las tiendas ó almacenes, saludan con su jocosa sinfonía á la feliz Madre del Salvador.

1 Sandini, *Historia familie sacre*, p. 15.

Nada conozco, sea dicho de paso, mas gracioso que el golpe de vista que presentan las tiendas de Roma cuando las imágenes están iluminadas y las mercancías dispuestas con perfecto gusto, sobre planos inclinados, aparecen dominadas por una hermosa estatua de la Virgen Santa, adornada de flores y cirios encendidos.

Los instrumentos de los Pifferari son sencillos como los de los pastores. Un oboe, una zampoña, un triángulo: hé ahí toda la orquesta de aquellos músicos de la montaña. La *canzonetta*, que repiten ante la Reina del Cielo, no está escrita con sábias notas. Esa sencillez misma forma todo su encanto, porque recuerda admirablemente el humilde misterio del pesebre.

El traje de los Pifferari, está en armonía con su música y sus funciones. Os transporta de lleno á la Edad-Média; tal como lo he visto yo, lo vieron los que me precedieron en Roma hace siglos. Un sombrero tirolés, adornado con una ancha cinta de diversos colores; una especie de capa de sayal corriente; un calzon de piel de oveja ó de cabra; calzas terminadas por una suela que se ata sobre el pié con correas; añadid á esto, largos cabellos negros que bajan sobre las espaldas, una hermosa barba, ojos vivos, una frente elevada; y tendreis una idea de ese traje y de ese tipo notables.

Roma ve llegar con gusto á los Pifferari; porque todo lo que trae un recuerdo relijioso es bien acogido en aquella ciudad esencialmente cristiana. Se les ama, se les festeja, se les atrae; ellos mismos van á ofrecer sus servicios á las casas y á los palacios y preguntan si quereis hacer una novena á vuestra Virgen. Si se acepta, y ¿quien no aceptaria? vienen durante nueve dias á alegraros con sus conciertos. Les gratificais con algunos bayocos... y